

# JUAN DE DIOS PEZA: ECOS DE LA VOZ

José Francisco Conde Ortega\*

**H**ace algunos años escribí estas líneas:

Una de las versiones de “Nohecita”, canción popular que hicieron suya los tocadores de guitarra en las serenatas, al promediar nuestro siglo (la centuria recién pasada), incluía a la mitad unas líneas de Juan de Dios Peza: “Anoche soñando que tú me querías/ vi a un ángel tranquilo del cielo bajar,/ y luego juntaba tu mano a las mías/ y yo te miraba y tú me decías/ con todo mi pecho te voy a adorar”.<sup>1</sup>

Y las escribí para señalar cómo, para bien y para mal, el modo de ver el mundo de algunos de nuestros escritores románticos había derrotado al tiempo. Es decir, a despecho de preceptivas literarias y de sustitución de una poética por otra a lo largo de la historia literaria, ciertos autores y determinadas líneas y poemas se han negado a morir; y han permanecido en la memoria colectiva. Cuando menos a lo que en el siglo XX puede constatar en amplios sectores de la sociedad.

En su momento, Ignacio Manuel Altamirano se refería al autor de “Fusiles y muñecas” en los siguientes términos: “... es un joven poeta de gran nombre, pero de un porvenir más lisonjero todavía, es el favorito ahora del público mexicano.” Y encomiaba su estilo “castizo, fácil y elegante”. Esto da una clara idea de la manera en que Peza calaba en el gusto de la gente. Su presencia era imprescindible en todo acto público; su firma o alguna línea, en todo álbum de recuerdos, libro o cuaderno de apuntes de lectores ávidos de compartir el proceso de afirmación de la literatura nacional. Había terminado la etapa violenta y se instauraba la paz como una necesidad de consolidar valores que caracterizaran y distinguieran a la nueva sociedad: el hogar, la patria, la religión...

Poeta de fecunda y desigual inspiración, Peza representa la aspiración de la mayoría de la gente de compartir un mundo a la medida de los deseos no inconfesables. La patria, el amor, la religión y el hogar daban la pauta para una poesía esencialmente gregaria. Con un acervo léxico que debía ser de uso común entre la gente instruida, el “cantor del hogar” construye un discurso poético que lo acerca a los lectores. Siempre les dice “algo”; siempre sus experiencias son compartibles. Una patria en construcción requería un elogio de lo que todos estaban ayudando a construir. Por eso sus poemas de amor no rebasan los límites de los sentimientos castos y

\* Departamento de Humanidades, UAM-A.

<sup>1</sup> José Francisco Conde Ortega, “Othón y Peza: Sueños de una máscara incompleta” en *Diálogo inmediato*, p. 63.

honestos, por más que un apartado de *El arpa del amor* lleve el título de “Horas de pasión”. Y aún para críticos como Manuel G. Revilla, que lo admiraba, es la parte más débil de su poesía, la menos “personal” para ese lector del porfiriato que prefería la confesión inocente y sublimada de la experiencia humana.

Un episodio siempre eludido en la historia literaria debe haber ayudado a la popularidad de Peza. Y



quizás bien eludido, pues como dice Emile Littré: “La vida privada debe hallarse oculta. No está permitido indagar ni dar a conocer lo que ocurre en la casa de un particular.” Con todo, el episodio, aludido de prisa, parece ser esencial: su mujer lo abandona y el hecho señala la actitud poética que determinaría el peso de la fama de Juan de Dios Peza. Él se queda con sus tres hijos y a la primera –Concepción– le cambia el nombre para no recordar a la ausente. Asimila la desgracia y se dedica cantar las ternezas del hogar. Los hijos son el crisol

en el que todo asomo de amargura se convierte en responsabilidad y cariño; en base de una idea de la moral y de la rectitud; en oportunidad para proponer una filosofía práctica y resignada que no necesita de las abstrusas argumentaciones de sistemas complicados. Con el habla de todos los días ofrece una visión del mundo que la gente quería oír. Y pese a morir en una suerte de descrédito por parte de los literatos, sus poemas continuaron recitándose

hasta bien entrado el siglo XX. La voz de Juan de Dios Peza se negaba a claudicar.

Juan de Dios Peza ejemplifica, en su siglo, el modelo de quien asume las veleidades de la gloria y de la fama. En su vida tuvo que enfrentar a los contrarios de aquéllas: el fracaso y el olvido. Los últimos quince años de la décimo novena centuria lo ven presenciar el cambio en los gustos literarios. En 1888 Rubén Darío publica *Azul*. En México, la primera generación modernista flexibiliza el idioma porque entiende –y pone en práctica– que la norma de uso del

español americano es distinta de la del peninsular. Y pone atención en otras voces, principalmente la de los autores franceses contemporáneos. A principios del siglo veinte, Peza tenía poco que decir a los poetas jóvenes.

En 1888 escribe Manuel Puga y Acal:

Juan de Dios Peza es, sin disputa, el poeta más popular entre los poetas mexicanos, y, sin pretender que esa popularidad sea usurpada, pareceme de algún interés inquirir el origen de ella. El procedimiento literario de Peza es un procedi-

miento anticuado, es el que emplearon los poetas de la época del romanticismo español: el procedimiento de Zorrilla y de Espronceda. Consiste en lo que un espiritual amigo mío llama *bordar en el vacío*, en la abundancia de las palabras sonoras, en la difusión de las ideas, en la versificación sustituida a la poesía.<sup>2</sup>

Las palabras de *Brummel* son por demás reveladoras. Por un lado, señalan la voluntad de ejercer una crítica literaria imparcial y lo más apegada al texto estudiado; por otro, revelan un cambio en la apreciación estética. Los primeros modernistas comienzan a depurar sus procedimientos y exigen un cambio en la manera de decir. Advierten –no sin razón, desde luego– que el sujetarse a modelos españoles –Núñez de Arce, Zorrilla, Grilo ... es una manera de no apropiarse del idioma, de la norma americana del español. La necesidad de volver los ojos a otras fuentes es imperiosa. La renovación de la poesía francesa ofrece saludables ejemplos. Por edad y, sobre todo, por temperamento, Juan de Dios Peza no estaba en posibilidades de admitir esto. Y la sociedad que lo entendía tampoco.

Con todo, estas notas de Puga y Acal dan pie a una de las más saludables polémicas de la literatura mexicana. Se abre una discusión en la que participan algunos connotados periodistas de la época. Y destaca, en mi opinión, la capacidad de comprensión de uno de nuestros mayores poetas: Manuel Gutiérrez Nájera. El duque Job, comedida, inteligente y amistosamente, responde a las críticas de mediocridad, nimiedad, personalismo y facilidad ramplona en la poesía de Peza. El duque defiende el carácter intimista de confesión personal que posee la poesía de Juan de Dios Peza. Afirma que sus dolores y sus gozos son los dolores y los gozos de la mayoría de los mortales; y que el poeta dice a sus hijos lo que todos los padres buenos les dirían si tuvieran tanto

talento como él. Para el autor de “La novela del tranvía” Peza es un gran poeta de la poesía íntima y de corazón. Por fin, a la opinión de *Brummel* de que si Peza fuera un espíritu más cultivado sus resultados serían mejores, Gutiérrez Nájera concluye tajantemente que, para escribir sus “cantos del hogar”, no necesita leer a nadie; sabe todo.

Conocimiento, comprensión y depurada sensibilidad son los atributos del duque Job. Y entiende que, en ese momento, Peza es el poeta más popular. Y que tal vez otros –el mismo Gutiérrez Nájera– eran admirados por la población letrada. Y que Peza estaba rompiendo con las barreras del analfabetismo: era dicho y recitado por el pueblo. Quizás éste es el momento en que la poesía y los poetas se divorcian, en México, de la gran masa. Poco tiempo después, Gutiérrez Nájera afirmará que la poesía seguirá avanzando a pesar de las masas ignorantes. Y es un poco lo que atestigüamos en este nuevo siglo: parece ser que la poesía, en su trayecto ensimismado, es escrita para ser leída entre cofrades. La mayoría de la población, más o menos alfabetizada, prefiere quedarse con los textos de sus autores de la centuria antepasada.

Sí, Juan de Dios Peza es un caso singular del fenómeno de la recepción. Asumido por sus lectores de forma casi natural y espontánea, podía compartir con éstos una forma de aprehender el mundo, una sensibilidad. Sus posiciones ética y estética eran afines al sentir mexicano de su tiempo. Como dice Eugenia Revueltas:

No están a contrapelo de la historia, no son expresión de una vanguardia, representan la concreción de la “mentalidad”, en su sentido más amplio, del mexicano decimonónico.<sup>3</sup>

El sentido profundamente oral de la poesía de Peza y su facilidad para formar parte de la memoria co-

---

2 Manuel Puga y Acal, *Los poetas mexicanos contemporáneos*, p. 70.

---

3 *Ibid.*, p. XXI.

lectiva no eran cualidades estéticas para Puga y Acal. Eran simplemente recursos para encantar al populacho –la plébulá, diría después José Juan Tablada–, y para tener contento al dios “éxito”. Por eso, tal vez, al crítico le parecía fastidioso el carácter excesivamente personal de los poemas de Peza: un “yo” impúdico expuesto a todas horas y en todas ocasiones. Por eso –juzga Puga y Acal– sus procedimientos eran anticuados, de acuerdo con los artificios del romanticismo español: abundancia de palabras sonoras, difusión de las ideas y versificación como sustituto de la poesía. Y más aún: con el agravante de pasar por alto las “sagradas” leyes de la retórica y los principios de la gramática.

La defensa que hace Gutiérrez Nájera a este respecto es conmovedora. Con esos guiños de elegancia y fina ironía de que sólo era capaz nuestro *Recamier*, le dice a Puga y Acal:

Levantémonos un poco sobre el vulgo bellaco y mofador; yo creo que es noble el padre que no oculta su dolor y lo muestra a cambio de simpatía y de amor para sus hijos. Entre usted a ese hogar de los “Cantos” con su gramática desenvainada. Yo le aseguro que Margot se la quita.<sup>4</sup>

La obra de Juan de Dios Peza es abundante. Y existen varias ediciones. Pero en 1890 el poeta autorizó la edición de sus *Poesías completas* a la casa Garnier Hermanos, de París. Los cuatro tomos que comprenden las *Poesías* en la “Biblioteca Poética” de aquella firma llevan, cada uno, la reproducción facsimilar de la carta de Peza:

Autorizo a ustedes para hacer una edición completa de mis poesías, bajo el orden que verbalmente indiqué a su comisionado. (...) La obra que ustedes publiquen será la única dirigida y arreglada por mí, pues todas las ediciones que hasta hoy se han hecho de mis versos en otros países y en el mío, ni me fueron consultadas a su debido tiempo ni han sido autorizadas previa-

mente, ni obedecen a un plan que sea de mi agrado.<sup>5</sup>

Esta edición autorizada apareció, a partir de 1891, del siguiente modo:

Tomo I: *Hogar y patria*. Contiene: *Cantos del hogar; Romances, leyendas, tradiciones; Monólogos*.

Tomo II: *El arpa del amor*. Contiene: *Horas de pasión; El arpa del amor; Musa de viaje*.

Tomo III: *Recuerdos y esperanzas*. Contiene: *Poesías, Romances nacionales, Monólogos*. Prólogo de Manuel G. Revilla, fechado en abril de 1891.

Tomo IV: *Flores del alma y versos festivos*. Con una nota preliminar, “Al lector”, del propio Peza, fechada en 1893.

Esta última nota es interesante porque propone el orden ideal que Peza hubiera querido para sus *Poesías completas*:

No he podido reunir como deseaba en un solo volumen, las amatorias, en otro las filosóficas, en distinto las patrióticas y en uno especial las festivas. Han salido según han brotado, y querer ordenarlas rigurosamente sería como imponerme yo una severa regla para pensar, cuando en esto y en lo demás desobedezco a la rutina.<sup>6</sup>

La colección “Sepan cuántos...” ofrece para al lector de hoy cuatro tomos de la obra de Peza con un plan parecido al pensado por el poeta. Y este *corpus* nos permite seguir con un poco de cuidado los registros en la poesía del “cantor del hogar”; y su forma de ver el mundo en consonancia con el imperio de su tiempo.

Habilísimo versificador, Peza le cantó a los héroes de la patria con sonoridad y honradez. En casi todo acto público estaba presente. Y decía los versos de su fecunda inspiración con emoción y sinceridad. Pero también se permitió graves reflexiones a propósito de la amistad, lo transitorio de la existencia, la soledad, la tristeza, los ensueños, las cuitas de

4 Ibid., p. 99.

5 Juan de Dios Peza, *Hogar y patria...*, prólogo de Porfirio Martínez Peñalosa, XXI.

6 Loc. cit.

amor. Escribió versos para los álbumes de muchas señoritas, para festividades escolares, almanaques y hasta para etiquetas de *Tin larín*. Y no faltaron poemas referidos a los lugares que visitó. Muchos versos de circunstancia: se dejó seducir por su facilidad para versificar. Y escribió versos de amor. Pero escribió los *Cantos del hogar*, libro justamente merecedor de la consideración de la crítica.

Es cierto, el libro nace de un desengaño vital. Cuando regresaba de cumplir su misión diplomática en España, su esposa abandona el hogar. Él se queda con sus tres hijos. Y se fortalece en el dolor. Y construye un hogar completo con la presencia de la ausencia de la figura femenina: eco de una voz que no quiso cantar el desamparo. En los poemas existen veladas alusiones a la figura materna; pero siempre el hogar está completo. Las enseñanzas del abuelo son el pilar ético de esa casa. El padre, amantísimo, tiene como tarea continuar la línea de vida, recta y ejemplar, heredada de sus mayores. Los hijos son los depositarios de ese deber ser. Acaso la ayuda de una prima –y la comprensión del esposo de ésta– logren confirmar esa presencia ausente que dio paso a una de las obras mexicanas de más sincera ternura.

Es curioso que Peza, epítome y portavoz de un manera de sentir, haya podido depurar su soledad en un eco casi inadvertido. Hay más peso de mujer –así sea por ausencia– en los *Cantos del hogar* que en los poemas que se quieren amatorios. En éstos no pasa de seguir las convenciones de la época: un ideal femenino apenas matizado con detalles locales (una morena del trópico, por ejemplo); una forma de ser de este ideal acorde con los requerimientos sociales de la época. El título *Horas de pasión* es, acaso, una voluntad que se disuelve en nada.

Tal pasión está resuelta, cuando mucho, en castos besos y púdicos abrazos. En suspiros y ensoñaciones; en lágrimas y adioses que provocan tristeza y hasta tedio a amantes y lectores. No, lo verdaderamente sentido se encuentra en los *Cantos del hogar*. Allí es sensitivo; en lo demás es sensiblero y convencional. Por lo demás, su idea de la mujer no salvó las barreras de su tiempo.

Escribe Peza en una de sus prosas, “Luz de la gloria”

–Frente a cuadros así, hay que tener fe en el bien, en el amor, en la virtud y convencerse de que la humanidad, y en ella las mujeres, no son tan malas como las juzgan los crapulosos o los escépticos por suficiencia.<sup>7</sup>

Y aun cuando la historia contada en este texto podría justificar esta reflexión, no se nos escapa cierta concepción heredada sobre la condición femenina. Quizás estemos presenciando los resabios de la concepción del amor cortés. Es sabido que éste implicaba una iniciación social, moral y psicológica; y que tenía leyes y preceptos; y que permeó las relaciones amorosas en Occidente.<sup>8</sup> Sabemos, también, que cada época esgrimió su propia versión. Así, los románticos retomaron la idea de la mujer como ángel salvador o demonio capaz de todos los males. Pero, también, la aspiración de la redención social le da especiales tintes a la figura femenina. En esta historia, la muchacha es capaz de la más desmesurada generosidad.

El romántico siempre quiere pensar que ellas son ángeles, beldades amorosas capaces, con una sonrisa, de proporcionar bienestar a los rendidos amantes. Por eso dice Peza en “M. A.”, otro de sus textos en prosa:

Hay en este mundo femenino que comienza en el rebozo y termina en el mantón de lana negra, muchas virtudes escondidas en almas nobles.<sup>9</sup>

Peza comparte la opinión de la mayoría masculina de su tiempo. Por eso dice en “Nochebuena:

El nuevo niño venía a cambiar el orden de las sociedades, a modificar las insensatas y tremendas leyes, a cimentar la paz, a fundar el derecho y la justicia, a levantar a la mujer de la triste condición de esclava y de concubina, al rango de esposa y de madre honesta...<sup>10</sup>

7 Juan de Dios Peza, *Memorias, reliquias y relatos*, p. 28.

8 V. Jean Markale, *El amor cortés o la paveja infernal*, p. 35.

9 Juan de Dios Peza, *Memorias, reliquias y relatos*, p. 56.

10 *Ibid.*, p. 91.

Finalmente la adoración absoluta, la visión del ángel, tenía límites. La mujer, colocada en un altar, tenía que dejar en el hombre los hilos de la historia; y debía desempeñar papeles inmutables: esposa, madre, hija... todo dentro de la más estricta rectitud. Espejo de virtudes y de su sociedad, la mujer cumplía su destino. Por esto la mayor parte de la poesía amatoria de este tiempo está plagada de convenciones. El amor es, en el mejor de los casos, un pretexto para reafirmar modos de ver el mundo.

Unas estrofas del primer poema de *Horas de pasión* son por demás ejemplares:

¡Mujer encantada!  
Tú vas de venturas y goces en pos,  
.....  
Estrellas y flores  
tu cielo y tu mundo matizan doquier;  
mis versos te llevan mis sueños de amores;  
levanta en mis sueños tu altar de mujer.

Serena y hermosa,  
ni lágrimas viertes ni sabes sufrir;  
es tuyo este libro mi espléndida diosa,  
¡adiós!, que sus dichas te dé el porvenir.<sup>11</sup>

Y en el segundo poema dice el “cantor del hogar”:

Arcángel que arrojas  
en olas de besos tu aliento a mi faz;  
son tuyas mis hojas,  
mi vida es tu ofrenda, mi libro tu altar.<sup>12</sup>

Es decir, el resguardo mayor en el casto amor; pero, inevitablemente, la predeterminación social: objeto del amor, no destinataria que decide sus apetencias. Ángel y arcángel nacida para hacer el bien... sola-

mente a quien la ama. Ella tiene que ser “bella y pura” por fatalidad. Y no se debe dejar “manchar por el mundo”,<sup>13</sup> porque nada del mundo le afecta, como se lee en la primera estrofa del poema VIII:

Tú eres dichosa, tú nunca lloras,  
¡ay!, tú no sabes lo que es llorar;  
sobre tu vida pasan las horas,  
como las nubes sobre la mar.<sup>14</sup>

Arquetipo concebido a la medida de los sueños del poeta, la mujer tenía graves responsabilidades: ser bella, casta, pura, ingravida, fiel, obediente y prácticamente sin necesidades vitales. Y si acaso se le permitía un asomo de pasión, ésta tenía que ser “santa”, como lo reclama Peza en un verso del poema XX de este mismo libro.<sup>15</sup> Todo purificado por el amor, como dice en la última estrofa del poema XXXIV:

¡Naciste!, y las brisas soplaron suaves,  
se abrieron las flores, cantaron las aves,  
y sólo eran tuyos los rayos del sol.  
Amor es tu culto, virtud es tu lema,  
y fue desde entonces tu vida un poema,  
¡bendita mil veces tu santa misión!

No obstante, es en *Cantos del hogar* donde se advierte –como escribí líneas arriba–, aun en la ausencia, a una mujer menos arquetípica. No importa que, de acuerdo con los estereotipos marcados, sea condenada. O, cuando menos, aludida en la vertiente de maldad de sus prendas. En una estrofa del poema “A mis hijas” se lee:

Se apaga la ilusión cual lumbre fatua  
y la hermosura en flor que se marchita;  
la mujer sin piedad es una estatua,  
dañosa al mundo y del hogar proscrita.<sup>16</sup>

11 Juan de Dios Peza, *Hogar y patria. El arpa del amor*, 133.

12 Loc. cit.

13 Ibid., 134.

14 Ibid., p. 135.

15 Ibid., p. 141.

16 Ibid., p. 11.

En otro poema del libro, “Mi hija Margot”, esa ausencia parece volverse más enconada. Y la reclamación, aunque velada, vuelve a insistir en el olvido de la misión fundamental de la mujer: la de ser madre:

Tiene Margot un niño a quien adora,  
que no nació entre lágrimas y males,  
pues se lo dio de cuelga una señora  
que lo compró de lance en veinte reales.

No hay un cariño  
igual a ese cariño  
reflejo fiel de abnegación  
sincera,  
pues ni lo entiende ni  
lo paga el niño  
que le dice *mamá* y es  
de madera.<sup>17</sup>

Y en la última estrofa  
del mismo poema concluye Peza, observador  
cariñoso y atento de  
cada uno de los pasos de  
sus hijos:

Mientras yo silencioso  
meditaba,  
Margot, que cuenta  
cuatro primaveras,  
para dormir al niño lo  
arrullaba  
como arrullan las ma-  
dres verdaderas.<sup>18</sup>

¿Gratuita la mención a la edad de la niña? No, por supuesto. Ni mucho menos las dos palabras finales del poema: “madres verdaderas”. Éstas no abandonan a sus hijos. Esta vuelta de tuerca al arquetipo

está, desde luego, teñida de dolor. La presencia de esa ausencia se vuelve cada vez más dolorosa. El mundo, visto a través de valores inmutables, es puesto a prueba por el abandono del hogar de quien debía ser su espejo y fortaleza. Por eso:

¡Feliz aquel que tiene en sus dolores  
quien con santa pasión seque su llanto!  
Hijos, esposa, aves, flores,  
¡y pan en el hogar!... ¿Quién tiene tanto?



Muchos lo tienen, y con voz que aterra  
se llaman infelices; yo me río;  
¡no hay desgracia mayor sobre la tierra,  
que ver el sol desde el hogar vacío!<sup>19</sup> (Sum umbra)

17 Ibid., p. 18.

18 Ibid., p. 19.

19 Ibid., p. 54.

No preguntas retóricas; no utilización de palabras huecas. El vacío es real. Pero hay un último, inocente desquite. Una endeble tabla de salvación para el naufrago que es, a pesar de la barca segura de los hijos. Le cambia el nombre a la hija primogénita, acaso para ahuyentar esa ausencia que, como eco de su voz desesperada, tiende a permanecer en esa fragilidad de la memoria. Las dos primeras estrofas de “Cambio de nombre” son por demás esclarecedoras; y dolorosas:

Si amas tanto a la Virgen, hija mía,  
en tu edad sin doblez y sin engaños,  
toma su nombre y llámate “María”  
lo cual aplaudirán propios y extraños.

Cuando te llamo “Concha”, tus sonrojos  
hacen que me confunda y que me asombre,  
pues muy claro me dices con los ojos:  
“Yo no vivo contenta con mi nombre”.<sup>20</sup>

Vale la pena hacer una última consideración. En cuestiones de amor, como ya se ha dicho, Peza no pasó de las convenciones de su tiempo. Si acaso, en *Cantos del hogar* la experiencia amarga del abandono lo obliga a ver la otra cara de esas convenciones. Con esto consigue que su expresión se ahonde; y que su verso transcurra con mayor emoción. La velada reclamación por los roles no asumidos le confieren a esa figura femenina ausente mayor estructura vital.

No obstante lo anterior, Juan de Dios Peza, en *Recuerdos y esperanzas*, incluye poemas en los que también advertimos mujeres menos “ideales”. Poemas que juegan con el humor y con las convenciones. Es delicioso, en este sentido, el poema “Un consejo de familia”. Cito, un poco al azar, tres estrofas:

—Los versos nada más son oropeles,  
dijo la anciana en tono reposado,

y apuesto a que no sirven sus laureles  
ni para sazonar el estofado.

.....  
—Los hombres, dijo el padre, son perversos,  
pero más los poetas de hoy en día.  
Quizá te piense alimentar con versos,  
y eso vas a comer ¡pobre hija mía!

.....  
El marido feliz te dará un beso  
diciendo: ¡tengo un ángel por esposa!  
¿Y a la hora de comer? ¡Quién piensa en eso!  
¡Para el poeta la comida es prosa!<sup>21</sup>

Pero es en “Pecar rezando”, “Su última carta” y “Adúltera” donde encontramos mujeres de carne y hueso, con deseos, inteligencia y ganas de vivir. Y por lo mismo, transgresoras de ese mundo convencional y aséptico. La primera estrofa de “Pecar rezando” contiene verdadera emoción:

Inés es joven: en su faz hermosa,  
luchando están como Hércules y Anteo,  
el carmín pudibundo de la rosa,  
con la avarienta lumbre del deseo.<sup>22</sup>

Claro que la pobre Inés es “víctima de su gracia y su belleza”; pero está en el templo; y todos creen que reza; y con su belleza trastoca el orden natural del las iglesias. Y en “Adúltera”, al fin y al cabo tóxico literario, la maldición es el último recurso de la conciencia social representada por el poeta. Pero es en “Su última carta” donde Peza se atreve, así sea tímidamente, a traspasar los límites de la convención social. La mujer —el sujeto lírico del poema—, que envía una carta al amante, es una admirable mezcla de trota conventos, Emma Bovary y Quevedo. Con un tono inusual en Peza, la mujer irrumpe en el poema:

20 Ibid., p. 26.

21 Ibid., pp. 12-13.

22 Ibid., p. 7.

Me resuelvo a escribirte; tú lo quieres;  
mi estilo no tendrá tu galanura,  
pero nadie nos gana a las mujeres  
en cuestiones de amor y de ternura<sup>23</sup>

Para luego cuestionarlo justamente en la base ideológica del amor como convención social:

¿Crees eterno un amor todo pureza?  
¿Juzgas eterno el fuego del cariño?  
Perdona que lo diga con franqueza:  
en cuestiones de amor eres un niño.

En la lucha tenaz de las pasiones,  
poblada de insensatos devaneos,  
no pueden conformar las ilusiones  
a quien no satisface sus deseos.<sup>24</sup>

Es cierto, probablemente esos “deseos” no pasen de las castas convenciones; pero así, dicho de este modo, resulta deliciosamente provocador. Y se puede pensar en deseos más llenos de vida. Por eso ella dice más adelante, esgrimiendo la razón natural, un poco a la manera de Floria Emilia, la amante de San Agustín, en la novela de Jostein Gaarder:

Si existen esas dichas que imaginas,  
si hay placeres así, tan celestiales,  
¿por qué prohíben todas las doctrinas  
amarse libremente a los mortales?<sup>25</sup>

Y, por fortuna, el final es en consecuencia: una, aunque tímida, blasfemia:

Ven; ya te espero apasionada y loca;  
busca el caliente mármol de mi seno,  
junta después tu boca con mi boca,  
y a ver si así me salvo o me condeno.<sup>26</sup>

23 Ibid., p. 16.

24 Ibid., p. 17.

25 Ibid., p. 18.

26 Loc. cit., p. 19.

Fácil versificador, sobre todo cuando buscó las posibilidades rítmicas del endecasílabo o la melodiosa naturalidad del octosílabo, Peza entendió a los lectores de su tiempo; y a los de unos años más adelante. Sí, en casi todos sus momentos respetó ese mundo que lo tocó vivir y asumió sus convenciones. Pero también fue capaz de escuchar el eco de su propia voz, ese eco como espejo sonoro que le dio la posibilidad de trascender su tiempo y su espacio. Vio la fama y el olvido. Los dos tuvieron para él debilidades de mujer enamorada.

Ciudad Nezahualcóyotl-UAM-Azcapotzalco,  
Verano del 2001.

## Bibliografía

- Conde Ortega, José Francisco, *Diálogo inmediato*. CNCA/ Instituto Cultural de Aguascalientes, México, 1996. 108 pp. (Col. Los Cincuenta).
- Markale, Jean, *El amor cortés o la pareja infernal*, Trad. de Manuel Serrat Crespo. España, José J. de Olañeta, Editor, 1998. 256 pp.
- Peza, Juan de Dios, *Hogar y patria. El arpa del amor*, México, Porrúa, 1998. 225 pp. (“Sepan Cuántos...”, 221)
- *Memorias*, México, Factoría Ediciones, 1998. 256 pp. (La serpiente emplumada, 5)
- *Memorias, reliquias y relatos*, México, Porrúa, 1990. 274 pp. (“Sepan Cuántos...”, 594)
- ..... *Poesías de ...*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1998. 160 pp.
- *Recuerdos y esperanzas*, México, Editorial Patria, 1946. 290 pp.
- *Recuerdos y esperanzas, Flores del alma y versos festivos*, México, Porrúa, 1996. 247 pp. (“Sepan Cuántos...”, 224)
- Puga y Acal, Manuel, *Los poetas mexicanos contemporáneos*, México, UNAM, 1999. 166 pp. (Ida y regreso al siglo XIX)

